

# Súmame a la Hospitalidad

Reflexiones que sanan



Comenzamos el año con una reflexión en torno a nuestro lugar y espacio en el mundo. Nuestra forma de relacionarnos y de salir de nosotros mismos, nos hace darnos cuenta de una realidad y es que no somos seres aislados, sino que formamos parte de una comunidad de personas que sienten y sufren como nosotros... Y también nos necesitan. Saber que no estamos solos nos reconforta, pero saber que juntos somos más y que podemos construir nuevas realidades es un mensaje muy motivador. La propia doctrina social de la Iglesia nos propone algunas pautas para la reflexión.

[www.nuestraseñoradelapaz.es](http://www.nuestraseñoradelapaz.es)

## NO ESTAMOS SOLOS, YO EN EL MUNDO

**“En mi casa había tres sillas: una para la soledad, dos para la amistad, tres para la sociedad”**  
(HD Thoreau).

Cuando tantas personas a lo largo de la historia han vivenciado la soledad, por algo será. Unos ejemplos: “estoy solo y no hay nadie en el espejo” (Borges); “uno no llega nunca al fondo de su soledad” (Bernanos); “la gente se siente sola porque construye paredes en vez de puentes” (Anónimo). Se han intentado soluciones y mecanismos de escape: “Cada uno de nosotros está solo y cuanto antes un hombre lo comprenda mejor para él” (Kosinski). “El hombre se adentra en la multitud por ahogar el clamor se su propio silencio” (Tagore). “Lo que no es útil para la colmena no lo es tampoco para la abeja” (Marco Aurelio). “¡Qué carga de sociabilidad, de comunicabilidad, lleva un hombre, aún el más solitario! (Kleis). “Hay que unirse no para estar juntos, sino para hacer algo juntos” (Donoso Cortés). “Cuando todo el mundo es alguien, nadie es nadie” (Gilbert). “El hombre es un ser social cuya inteligencia exige para excitarse el rumor de la colmena” (Cajal).

Hablando en positivo, la civilización ha convertido la soledad en **uno de los bienes más delicados que el alma humana puede desear**: “La gente que necesita a la gente es la más afortunada del mundo” (Merrill). Por lo tanto, independientes siempre, aislados nunca. El diálogo se impone entre el yo y el mundo, entre el yo hasta el nosotros porque, todos los hombres se entenderían bien sin las palabras ‘mío’ y ‘tuyo’.

En conclusión, **¡no estamos solos!**: “El alma humana está hecha para no estar sola” (PT de Chardin). “Nadie hay que esté solo, nada puede estar en completa soledad; lo que existe, necesita de otro para ser” (Schaeper). Estamos en el amplio universo. Nuestro hogar está como una mota de polvo en los márgenes de nuestra galaxia, una más de entre unos cien millones de galaxias o más...

Jean Vanier se ha adentrado en el terreno de la convivencia humana que es un maravilloso riesgo. La vida en común, sea en la familia, sea en una abadía, es una aventura que sólo puede ser recorrida por las personas que estén dispuestas a liberarse, y asuman **el riesgo de amar y de ser amadas**. Porque te colme la felicidad o te abrume el sufrimiento, el corazón necesita un segundo corazón. La alegría compartida es doble alegría, y el dolor repartido es medio dolor, nos puede advertir C.A. Tiedge. Y ahí estamos, cuantos compartimos el componente humano de la acogida y de la hospitalidad en San Juan de Dios.



## EL HOMBRE COMO SER SOCIAL AL ESTILO DE JESÚS

Uno de esos elementos genuinos de los cristianos es, precisamente, la sociabilidad: el hombre no ha sido creado como un “ser solitario”; (Gn 1,27; 2,18.20.23.). La vida social no es algo accesorio para el hombre, sino una dimensión natural y esencial. Su naturaleza se desarrolla sobre la base de una subjetividad relacional: “La criatura humana, en cuanto de naturaleza espiritual, se realiza en las relaciones interpersonales” (*Caritas in Veritate*, n 53).

La tendencia del hombre a vivir en sociedad proviene de su naturaleza, que promueve la existencia de los grupos humanos como requisito indispensable para alcanzar el propio bien integral. Éste es el motivo por el que se constituyen las diversas sociedades (*Gaudium et spes*, nn. 23, 26).

La sociabilidad afecta a todas las dimensiones de la persona, incluida su trascendencia, siendo esta última entendida también desde la vida social no como un factor puramente individual. El Catecismo describe la sociedad como «un conjunto de personas ligadas de manera orgánica por un principio de unidad que supera a cada una de ellas. Una sociedad que perdura en el tiempo: recoge el pasado y prepara el porvenir. Por medio de la sociedad, cada hombre es constituido “heredero”, recibe “talentos” que enriquecen su identidad y a los que debe hacer fructificar (Lc 19,13.15).

Para el cristiano, como para cualquier persona, la vida de relación con Dios y las actividades sociales, familiares, profesionales, etc... no son ámbitos aislados, sino que están comunicados. “Para los laicos son de gran importancia la competencia profesional, el sentido de la familia, el sentido cívico y las virtudes sociales” (Benedicto XVI).

La ética filosófica clásica enseña que todo acto libre posee connotación moral, en cuanto además de producir un efecto en el mundo influye en el modo de ser de quien lo realiza: las actuaciones sociales (políticas, culturales, económicas, etc.) no pueden considerarse ajenas a la perfección personal. Cada acto humano debe estar ordenado al crecimiento de la persona en cuanto tal, con independencia del tipo de acto y ámbito en que se realice, ya que «la actuación del hombre en último término no es primariamente la realización del mundo, sino la realización de sí, de la humanidad y de la persona». (K. Wojtyla . *La renovación de sus fuentes*, 1982).

El Vaticano II ha subrayado con fuerza esa idea: «La aceptación de las relaciones sociales y su observancia deben ser consideradas por todos como uno de los principales deberes del hombre contemporáneo» (*Gaudium et spes*, n 30).

La doctrina social de la Iglesia es el resultado del esfuerzo que han llevado los cristianos por poner en práctica el mensaje evangélico de Jesús, tratando de adaptarse a las realidades de cada tiempo. La acción social de la Iglesia se plantea a través de una serie de principios que gobiernan la doctrina de la iglesia cuyo único fin es mejorar las condiciones de vida de las personas, desde la lucha por la construcción del Reino.



### PARA PENSAR

“En relación al universo, la Tierra no es más que el segundo segmento de la antena izquierda de un pulgón que se ha posado un rato en un pétalo de flor en un jardín de Teaneck, Nueva Jersey, esta misma tarde”

(*Edward O. Wilson*).

Algunas de las enseñanzas de la Iglesia católica son muy claras y relativamente fáciles de articular. Los siete principios claves que se proponen son los arriba mencionados en la imagen.